

# 40.º Aniversario de las cuatro misioneras martirizadas en El Salvador<sup>1</sup>

---

**Card. Michael Czerny, S. J.**  
**Subsecretario, Sección Migrantes y Refugiados**  
**Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral,**  
**Roma**

“Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo”. Este acto de fe del buen pastor resuena hoy con gran conmoción, mientras nos disponemos a recordar a cuatro generosas misioneras que, hace cuarenta años, se enfrentaron al valle de las tinieblas, en El Salvador. Relataremos a continuación, con tristeza, sus muertes violentas, y celebraremos, con gratitud, el triunfo de la vida, la vida en plenitud.

En la liturgia del viernes santo, se proclama la pasión de nuestro Señor y, sabiendo que ha resucitado, revivimos meditativamente sus sufrimientos y su muerte con la esperanza de participar de su resurrección. Hoy les narraré la pasión y la muerte de Jean, Dorothy, Ita y Maura, gracias a las palabras de un misionero canadiense, el P. Gregory Chisholm, quien ahora trabaja en Pucallpa, en la Amazonía peruana, y cuya versión es, seguramente, la de un testigo presencial.

El 27 de noviembre de 1980, ocho meses después del martirio de san Óscar Romero, cinco altos dirigentes del Frente Democrático Revolucionario fueron secuestrados y asesinados por un escuadrón de la muerte. Una delegación de la Iglesia ecuménica, compuesta por seis personas de nacionalidad canadiense y estadounidense, viajó al país para asistir a su funeral, y yo [Chisholm] era uno de ellos<sup>2</sup>. Llegamos a última hora de la tarde, del martes

- 
1. Homilía pronunciada en Roma, el 2 de diciembre de 2020.
  2. La delegación de seis personas se encontró en Miami, camino a El Salvador: P. Jacques Couture, ministro de inmigración de Québec; Sandra Dunsmore y Jacqueline Levitin, de YMCA Montréal; Rev. Robert Smith, ministro de la Iglesia Unida (United Church of Canada); P. Gregory Chisholm, del Comité Interiglesias

2 de diciembre, al nuevo aeropuerto que se encontraba a las afueras de la capital y que se había inaugurado unos diez meses antes.

Al pasar por los controles de inmigración y de aduana, pudimos constatar que reinaba una fuerte tensión y mucho nerviosismo, los cuales se tradujeron en la detención de varias personas. A algunos periodistas internacionales les habían confiscado sus equipos.

En la terminal principal del aeropuerto nos encontramos con la hermana Dorothy Kazel, una religiosa ursulina, y con Jean Donovan, una misionera laica de Cleveland, ambas ciudadanas de Estados Unidos. Nos recibieron con gran amabilidad, pero se veía que estaban muy nerviosas, aguardaban la llegada (con retraso) de sus buenas amigas y compatriotas estadounidenses, las hermanas Ita Ford y Maura Clarke, religiosas de la Orden de Maryknoll, que regresaban de un breve viaje a Managua. Nos despedimos de ellas, esperando volver a verlas al día siguiente. Cuando salimos del aeropuerto, nos dirigimos al minibús que la oficina del arzobispo había enviado para recibirnos y comentamos que nuestro vehículo era idéntico, en todos sus detalles, al de las religiosas, que esperaban poder salir del aeropuerto una hora más tarde.

Circulábamos por la amplia y nueva carretera, la cual, sin embargo, estaba mal iluminada y poco transitada a esa hora. Al cabo de unos diez minutos, en un tramo especialmente oscuro, varios miembros de las fuerzas de seguridad nacional, armados hasta los dientes, salieron repentinamente de una profunda trinchera, que se encontraba a un lado de la carretera. Detuvieron nuestro vehículo, lo rodearon y exigieron, con un tono agresivo, que les mostráramos nuestros documentos. El conductor del vehículo, el secretario del obispo Rivera y Damas, administrador diocesano interino de San Salvador, les pidió explicaciones acerca de esa inusual intervención. Les informó que éramos canadienses, por lo que, algo incrédulos, los militares nos preguntaron directamente si éramos ciudadanos estadounidenses y exigieron ver nuestros pasaportes. Cuando logramos convencerlos de que éramos canadienses, nos dejaron pasar, si bien con ciertas reticencias.

Poco después, en este mismo lugar, las mismas fuerzas de seguridad detuvieron un vehículo idéntico, el cual, obviamente, habían estado esperando. Al encontrar a las cuatro misioneras estadounidenses a bordo del vehículo, las golpearon, las violaron, les dispararon a corta distancia, pues hallaron

---

canadiense pro Derechos Humanos en América Latina (ICCHRLA); y Scott Evanson, traductor.

los cuerpos con una bala en la cabeza, y las enterraron en una fosa poco profunda.

Al día siguiente, el 3 de diciembre, tras el funeral de los líderes del Frente Democrático Revolucionario, celebrado en una plaza céntrica de la capital, en un ambiente muy tenso, acompañado de amenazas de violencia, supimos de la desaparición de las cuatro mujeres y de su posible fallecimiento. Llamamos a la embajada de Estados Unidos para pedir ayuda y, a la mañana siguiente, el embajador Robert White nos acompañó al aeropuerto.

De camino al aeropuerto, a un lado de la carretera, nos encontramos con el minibús de las hermanas, abandonado y calcinado, y nos fijamos en todos los detalles de la horrible escena. Al llegar al aeropuerto, el embajador White recibió la noticia del hallazgo de los cuerpos de las religiosas, en una fosa poco profunda. Se derrumbó y rompió a llorar con gran dolor, ya que las conocía bastante bien. Luego, fue a recuperar los cuerpos...

Lejos de allí, en Washington, un nuevo gobierno, el de Ronald Reagan, había sido elegido un mes antes, pero aún no había tomado posesión. El mismo día que se encontraron los cuerpos de las misioneras, Alexander Haig, recién nombrado como próximo Secretario de Estado, insinuó de forma descarada e infundada que tal vez las religiosas “no se habían detenido en un puesto de control, por lo que habían fallecido en un tiroteo”. Sin embargo, en el miniván, completamente calcinado, no había agujeros de bala.

Con el mismo estilo arrogante, Jean Kirkpatrick, recién nominada por Reagan como embajadora de Estados Unidos en Naciones Unidas, pocos días antes de la muerte de las religiosas, declaró públicamente que la política de derechos humanos adoptada por el gobierno de Jimmy Carter “sería arrojada a la basura por la administración de Reagan”. Poco después declaró que las misioneras asesinadas en El Salvador eran “¡más activistas políticas que religiosas!”.

Hasta aquí el relato del P. Greg Chisholm, por quien damos gracias a Dios.

Pero esta no es la última palabra de la pasión de Jean, Dorothy, Ita y Maura. En 1984, cuatro antiguos efectivos de la Guardia Nacional fueron condenados por los asesinatos<sup>3</sup>. Décadas después, uno de ellos confesó su participación en el crimen a otra religiosa de la Orden de Maryknoll, que trabajaba en El Salvador. Y pidió perdón. Por tanto, esta reivindicación no es obra de la justicia humana

---

3. L. Rohter, “4 Salvadorans Say They Killed U.S. Nuns on Orders of Military”, *The New York Times*, 3 de abril de 1998.

imperfecta, sino de la reconciliación divina. Es, sin duda, una victoria de la misericordia de la luz sobre las tinieblas, de la vida sobre la muerte.

“Los mártires de hoy”, señaló el papa Francisco en abril, “son más que los mártires de los primeros siglos”. Los números atestiguan la enormidad de las obras de la fe, del amor y de la justicia en nuestro mundo, y, oponiéndose a ellas, la reacción de las fuerzas de la desesperación y la violencia. El santo padre también comentó y cuestionó: “Es curioso, llama la atención ver cómo, en la persecución de los mártires, la hostilidad crece hasta el ensañamiento [...]. ¿Cómo se llega al ensañamiento contra los cristianos, contra el testimonio cristiano y contra la heroicidad de los cristianos?”<sup>4</sup>.

Hace casi tres milenios, Isaías profetizó:  
 Y arrancará en este monte (el Señor de los ejércitos)  
 el velo que cubre a todos los pueblos,  
 el lienzo extendido sobre todas las naciones.  
 Aniquilará la muerte para siempre.  
 Dios, el Señor, enjugará las lágrimas de todos los rostros,  
 y alejará del país el oprobio de su pueblo, lo ha dicho el Señor  
 (Is 25,7-8).

Haciéndose eco de las palabras del profeta Isaías, el papa proclamó que “en las persecuciones siempre está la presencia de Jesús que nos acompaña, la presencia de Jesús que nos consuela y la fuerza del Espíritu que nos ayuda a avanzar. No nos desanimemos cuando una vida coherente con el evangelio atrae las persecuciones”<sup>5</sup>.

Jean, Dorothy, Ita y Maura fueron mártires a nivel local y humilde, en su trabajo con los pobres, con los desplazados, con los afligidos. Fueron testigos de un Dios de amor, cuyo amor preferencial es por los pobres y los marginados. Lo hicieron no tanto con las palabras, sino re-creando y, ciertamente, re-encarnando lo que narra el evangelio de hoy: “Acudió a él mucha gente llevando tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros; los ponían a sus pies y él [Jesús] los curaba” (Mt 15,30). Como hizo Jesús con los poderosos de su época, las cuatro misioneras también dieron testimonio a quienes tienen oídos, pero no escuchan el clamor de los pobres, y cuyos ojos arrogantes y cínicos no ven que el reino de Dios está cerca.

Jean, Dorothy, Ita y Maura fueron evangelizadoras y mártires. De manera misteriosa, pero indudable, la victoria es de ellas, porque las acciones enérgicas

4. Papa Francisco, *Audiencia general*, 29 de abril de 2020.

5. *Ibidem*.

y valientes de solidaridad y compasión persisten en condiciones terribles y peligrosas. Los crímenes brutales fracasaron y no lograron detener la evangelización. Nuestro Señor Jesucristo continúa ofreciendo su vida, incluso en este año de pandemia, en el sufrimiento generalizado y en las numerosas muertes, pero con la promesa segura de que vencerá a la muerte para siempre.

Mientras estamos aquí congregados en Roma<sup>6</sup>, nos unimos en comunión a la eucaristía y la celebración de los mártires en la catedral de Chalatenango y en el santuario de San Pedro Nonualco, organizadas por la Misión de Cleveland. A su vez, las religiosas de Maryknoll están celebrando una liturgia en su casa madre de Nueva York con la participación de los familiares y las amistades de sus mártires y con las misioneras conectadas en línea en todo el mundo. Asimismo, en Los Ángeles y en otros lugares de Estados Unidos, se celebran eucaristías. En Londres, se está celebrando una liturgia conmemorativa, promovida por el Romero Trust, la conferencia de religiosas y Cafod.

En todos estos lugares, nos unimos hoy, con tristeza, para recordar el paso de Jean, Dorothy, Ita y Maura a través del valle de la oscuridad, y con gratitud, para celebrar el triunfo de su fe, su bondad y la misericordia infinita de Dios.

---

6. La eucaristía fue promovida por la comunidad Caravita, en colaboración con la Comisión de Justicia, Paz e Integridad de la Creación (JPIC) de la Unión de Superiores Generales, la Unión Internacional de Superioras Generales de Roma y Romero Trust de Londres.